

## Capítulo IV

### 4. Encuentros y desencuentros de algunos escritores e intelectuales con la revolución

Seguir la actividad del gobierno revolucionario cubano a través de los ojos de los escritores e intelectuales hispanoamericanos –excepto, por supuesto, los cubanos– cuya actividad fue contemporánea a los primeros doce años del régimen castrista es de vital importancia en la tarea de formar una opinión acerca de qué tan revolucionarias eran en realidad las bases que subyacían el ejercicio del poder. Partiendo de la significación del triunfo de la guerrilla que derrocó a Batista –con la consecuente ola de fervor latinoamericanista que se desató en el continente–, y habiendo pasado los primeros momentos de fe (casi ciega) en una causa que parecía poder reivindicar al resto de los países que en algún momento habían experimentado el intervencionismo de los Estados Unidos, se llegó en muchas ocasiones a la conclusión de que la praxis de los dos extremos de la teoría económica presentan puntos luminosos y puntos oscuros –lo que recuerda la imposibilidad de perfección en cualquier área de la actividad humana. En lo que respecta a los creadores de opinión –entre quienes se encuentran los intelectuales–, no es imperdonable el que muchos de ellos se hayan dejado llevar en algunas ocasiones por el ideal de una Hispanoamérica socialista unida frente al poder hegemónico de los Estados Unidos, así como tampoco es imperdonable el que algunos otros hayan criticado esa adhesión incondicional a una causa que en ocasiones mostró incongruencias en la base de su aplicación.

En esta lucha de ideas e ideales (y siguiendo el afán clasificatorio a que toda presentación de conocimiento tiende, con los riesgos que ello implica), podemos identificar tres posiciones principales entre las muchas que cualquier trabajador del

pensamiento pudo haber adoptado ante los distintos giros que tomó la actividad del gobierno revolucionario en Cuba: la identificación plena, la desaprobación total, o el escepticismo sistemático. Pero sea cual fuere la actitud del escritor o intelectual ante cualquier manifestación de la voluntad revolucionaria cubana, el punto central es que el desarrollo de los hechos culturales bajo dicha voluntad no tendió en ningún momento a crear bases firmes para fundamentar la defensa de sus apologistas, refutar a sus detractores o convencer a los escépticos. Por el contrario, la falta de coherencia de la política cultural revolucionaria terminó por alejar a muchos de quienes en algún momento se perfilaron como entusiastas promotores del que entonces se creía era el inicio de una revolución (socialista) a nivel continental.

Máxima expresión de esta incongruencia entre el discurso demagógico que garantizaba la libertad plena en las manifestaciones culturales y la realidad que la concedía en el aspecto formal pero no de contenido –contenido que era juzgado basándose en apreciaciones muy poco objetivas–, es el anteriormente mencionado “caso Padilla”. Acerca de éste aseguró José Antonio Portuondo en conferencia de prensa reseñada por Saúl Yurkievich<sup>1</sup> que su “segunda etapa”, la de represión directa, “nada tiene que ver con la literatura. Heberto Padilla es encarcelado por haber pasado información a los enemigos de la Revolución [...]. Luego, liberado, pide hacer su autocrítica en sesión pública de la UNEAC” (Yurkievich 621). Pero si Portuondo no alcanza –o pretende no alcanzar– a ver el lado “literario” del problema, esto puede tener su explicación en la lente reduccionista a través de la cual está observando los hechos: una lente que reduce todo a la política; la literatura ha dejado de existir por sí misma. Si la detención de Padilla se debió solamente a la transmisión de información

---

<sup>1</sup> Dicha conferencia de prensa se llevó a cabo en París. Además de Portuondo, señala Yurkievich, participaron Juan Marinello, Cintio Vitier y Guillermo Castañeda.

contrarrevolucionaria, ¿por qué su autocrítica incluye un punto en que pone especial énfasis en su condición de “escritor rebelde”? Además afirma: “A mí me preocupaba mucho más mi importancia intelectual y literaria que la importancia de la revolución” (*Libre* 98). Problema de un gobierno que pretende explicarse toda manifestación de la vida en sociedad desde un solo ángulo; de no ser así, ¿cómo podría un poemario haberse convertido en una amenaza tan grande para el régimen? En la misma autocrítica Padilla se refiere a *Fuera del juego* diciendo que: “Ese libro está lleno de amargura, está lleno de pesimismo; ese libro está escrito con lecturas, no expresa una experiencia de la vida, no interioriza la experiencia cubana, hay que reconocerlo [...]. Esos poemas llevan el espíritu derrotista y el espíritu derrotista es contrarrevolución” (*Libre* 100).

Sostén político es lo que finalmente se busca al evaluar las obras producidas en el marco de la revolución, ya que si la literatura en su categoría de actividad artística ha sido anulada, integrada a la actividad política puede ayudar a legitimar el régimen en turno: “El poder también se sostiene en la ficción. El Estado es también una máquina de hacer creer” (Piglia 105). Todo Estado necesita de sus ficciones para matizar favorablemente la realidad, especialmente cuando ésta no ha resultado tan halagüeña como se esperaba.

El problema que presenta esta afirmación para el régimen castrista es que por lo general, si el estado quiere hacer creer a través de la obra de sus escritores, es necesario que les conceda un mínimo de libertad, ya que la obra elaborada bajo presiones ideológicas directas suele sufrir una reducción considerable en su nivel de efectividad. Lamentablemente, Castro no fue capaz de –o no quiso– captar la importancia que el apoyo de una vida intelectual y cultural verdaderamente –no solamente en apariencia– sana tenía para el establecimiento de una revolución duradera. Y con esto no quiero decir que debería haberles concedido la construcción de una ciudadela privilegiada en

algún punto de la isla para que pudieran descansar y dedicarse a labores puramente mentales, cosa que de hecho propuso en su discurso a los intelectuales en 1961:

Hay la idea también de organizar algún sitio de descanso y de trabajo para los artistas y los escritores [...]. Ese proyecto no tomó cuerpo, pero puede ser revivido para hacer un reparto o una aldea en un remanso de paz que invite a descansar, que invite a escribir, y yo creo que bien vale la pena que los artistas, entre ellos los arquitectos, comiencen a dibujar y a concebir el lugar de descanso ideal para un escritor o un artista y a ver si se ponen de acuerdo en eso.

(“Palabras” 35)

Hubiera bastado con que el gobierno mostrara un poco de respeto por las ideas individuales, no solamente de los intelectuales, sino de cada persona que viviera en la isla —es cierto que para la fecha en que tuvo lugar el “caso Padilla” el gobierno castrista era ya evidentemente dictatorial, por lo que el respeto a las ideas individuales era algo inconcebible; pero también es cierto que esta falta de respeto a la individualidad había comenzado a manifestarse ya en 1961, con la situación desatada por el cortometraje *P.M.* y la clausura de *Lunes*. Pretendiendo llevar un paso más allá el fuego de la revolución, lo único que consiguió Castro fue calcinar, en muchos casos, todo soporte ideológico verdadero, razonado, que los intelectuales del resto de Hispanoamérica podrían haber prestado a la causa revolucionaria. Aun si la tensión entre el gobierno revolucionario y los representantes de la intelectualidad cubana no hubiera culminado en un caso como el de Padilla, la ruptura con buena parte de la intelectualidad hispanoamericana en general hubiera ocurrido de cualquier forma, gradualmente, debido a las restricciones en el uso del intelecto que el régimen cubano imponía a

quienes pretendían ostentar el muy prestigiado emblema de “revolucionario”, sobre el cual Castro se adjudicaba derecho absoluto: ¿de qué sirve una supuesta libertad de discernimiento si la conclusión a que ese discernimiento debe llevar está condicionada de antemano? A pesar de haber sido pronunciadas en ocasión de una discrepancia que en 1961 no rebasaba todavía las fronteras nacionales, las excesivamente explotadas palabras de Castro a los intelectuales, “Con la revolución, todo; contra la revolución, nada”, son aplicables también a la labor de cualquier intelectual –sin importar su nacionalidad– que intentara hacer del movimiento revolucionario el motivo de su obra teórica o creativa. Una vez más, Castro se reservó el derecho no expresado de decidir en cada caso lo que debía ser considerado “con” o “contra” la revolución.

Es precisamente esta monopolización ideológica lo que condenó al fracaso las relaciones entre el pensamiento internacional y la práctica revolucionaria cubana, ya que los intelectuales y escritores de toda Hispanoamérica se encontraron ante un movimiento que en teoría parecía encarnar los más altos ideales de independencia ante el poder imperialista de los Estados Unidos<sup>2</sup>, pero que en la práctica comenzó a mostrar desde el principio una peligrosa tendencia a la petrificación de dichos ideales: el pensamiento revolucionario no evolucionaría. No es de extrañar, entonces, que muchos de los intelectuales sufrieran confusiones al tratar de seguir una evolución inexistente; tendrían que conformarse con mantenerse alerta ante los cambios subjetivos que dictara el poseedor de la verdad revolucionaria. En medio de esta confusión, los partidarios sinceros del régimen revolucionario inicial hicieron enormes esfuerzos para descubrir un hilo conductor que prestara el mínimo de coherencia necesario a una causa que podría haber condensado lo mejor de la voluntad y el pensamiento hispanoamericanos.

---

<sup>2</sup> Ricardo Piglia identifica también a la entonces URSS como una potencia imperialista –al igual que los Estados Unidos– para explicar el escepticismo de muchos intelectuales argentinos frente a la revolución socialista de Cuba (219).

Hubo quienes lo consiguieron, pero la medida en que su credibilidad como intelectuales se vio comprometida varía en proporción directa a la objetividad que lograron mostrar en sus aproximaciones a los hechos revolucionarios. Hubo quienes perdieron el rastro de ese hilo conductor, ya que aun su más sincera voluntad no fue suficiente para llenar los vacíos que el pensamiento castrista dejaba en la práctica (este grupo reúne a quienes en algún momento se volvieron detractores de la revolución). Y finalmente tenemos a quienes desde el principio reconocieron la trascendencia del movimiento revolucionario cubano, pero que conscientes de la falibilidad de todo proceso que involucre la voluntad humana, decidieron mantenerse a una distancia prudente de la maquinaria castrista.

No creo en la existencia de intelectuales ingenuos, ya que la definición de un intelectual excluye inmediatamente la posibilidad de tal estrechez en el campo de visión y evaluación de los hechos. En lo que sí creo es en la existencia de situaciones que abren toda una gama de posibilidades a una mente activa e informada, aun cuando en ocasiones las posibilidades no pasen de ser eso, y la realidad siga su camino por rumbos totalmente diferentes de los planteados al principio. La revolución encabezada por Fidel Castro no fue más que eso: una situación que abrió numerosas posibilidades, pero que al correr del tiempo fue cancelando todas.

#### 4.1. Casos específicos

En el desarrollo del presente trabajo hasta ahora he expuesto los elementos que nos permitirán comprender mejor la escisión, que no fue provocada *por*, sino que simplemente encontró su máxima expresión *en* el caso del poeta cubano Heberto Padilla. Las reacciones de algunos de los considerados autores del *boom* ante distintas manifestaciones de la voluntad revolucionaria ya han sido abordadas, pero ahora me

enfocaré en un grupo representativo de la intelectualidad hispanoamericana cuya única característica en común puede ser su contemporaneidad a los primeros doce años de gestión del gobierno revolucionario en Cuba. En el grupo seleccionado incluyo representantes de las tres posturas ya mencionadas que pudieron adoptar los intelectuales y escritores. Es necesario ahora aclarar que la selección de los escritores e intelectuales “representativos” ha sido hecha con base en la información que he obtenido a través de investigación y lecturas personales, por lo que no pretendo darle tonos de “universalidad” a los puntos aquí expuestos, y mucho menos agotar un tema que encuentra tantas variantes como posibilidades de interpretación existen.

Comenzaré por la línea de los “equilibristas consumados”: aquellos activistas del pensamiento que a pesar de los obstáculos puestos en el camino por la trayectoria irregular de una revolución en vías de estancamiento, fueron capaces de mantenerse en pie, rescatando en ocasiones con su esfuerzo algunos puntos básicos –y muy positivos– del pensamiento revolucionario –no exclusivamente castrista– que podrían haberse perdido de vista en el conglomerado de contradicciones pragmáticas acumuladas a través de los años. En esta primera categoría incluyo a los uruguayos Ángel Rama y Mario Benedetti.

Ángel Rama es sin duda uno de los intelectuales que mantuvieron en buena medida su fe en la causa revolucionaria aun después del “caso Padilla”, a pesar de no haber sido ciego –ni pretendido serlo– a los errores y contradicciones en que el proceso revolucionario incurrió en varias ocasiones durante esos primeros doce años de experiencia. De hecho, de entre la labor de los integrantes del grupo de “equilibristas consumados”, el esfuerzo de Rama es el que mayor sinceridad y menor apasionamiento indiscriminado presenta. Acerca de la actividad intelectual de Rama en el ámbito de la cultura hispanoamericana nos dice Hugo Achugar en su prólogo a *La ciudad letrada*:

“Pero su amor a la palabra no le llevó [...] a la justificación del poder. Por el contrario, le sirvió para ejercer la escritura como un arma contra la arbitrariedad y la mistificación de los poderosos” (xiv). Consciente de la importancia que la labor de un intelectual tiene para la sociedad en la cual se desarrolla, Rama se dedicó, en lo tocante al tema de la presencia de un movimiento revolucionario socialista en tierras hispanoamericanas, a expresar en todo momento de manera clara sus puntos de vista, basados en convicciones bastante convincentes y sin intenciones de agradar a ninguno de los bandos que se pudieran oponer en el momento de alguna pugna en el interior o exterior de la actividad revolucionaria: “Bien infantil sería pretender que la revolución cubana, proceso social vertiginoso, está exenta de errores, como no sólo infantil sino también malintencionado sería pretender invalidarla por esos errores” (Rama, “Una nueva política” 47).

Precisamente esta capacidad para aceptar que el proceso revolucionario podía incurrir en errores, combinada con la convicción de que los errores en un proceso no son motivo suficiente para negarle toda legitimidad, fue lo que le permitió a Rama mantener su entereza intelectual a través de los altibajos de la revolución. A pesar de ser considerado un intelectual de izquierda y apologista de la causa revolucionaria cubana<sup>3</sup>, el discurso de Rama en ningún momento trató de justificar ciegamente las actividades del gobierno castrista. De hecho, en ocasiones Rama se convirtió en uno de los críticos más acertados de la situación deplorable a que estaba llevando la aplicación de preceptos meramente políticos al campo de la cultura. En ocasión de la censura y proceso a que fueron sometidos el libro y la persona de Heberto Padilla, Rama afirma que<sup>4</sup>:

---

<sup>3</sup> Véase a este respecto el texto de José Miguel Oviedo en relación a la disputa entre Rodríguez Monegal y Rama (291), disputa que será abordada más adelante.

<sup>4</sup> El artículo completo de Rama, “Una nueva política cultural en Cuba”, publicado en *Marcha* en 1971, es una evaluación bastante objetiva de los errores y aciertos que la revolución tuvo exactamente durante el periodo que delimita la amplitud cronológica del presente trabajo.



El alcance de la crítica ideológica a que es sometido el libro de Padilla [...] revela la vasta imprecisión en que ella se mueve. Obviamente en el libro no hay ningún poema expresamente contrarrevolucionario [...] Todo esto no sería demasiado grave si hubiera otro crítico que debatiera el punto y si la crítica no tuviera aquí efecto suspensivo, sustituyendo el efecto aclarativo e informativo que normalmente adopta en los países burgueses. Es el primer ejemplo, he dicho, de una crítica política e ideológica concreta de la literatura. (“Una nueva política” 61)

Imprecisión en la crítica ideológica: resumen del problema que ha asediado a la crítica literaria cubana a partir del momento en que Castro declaró la línea socialista del pensamiento revolucionario. Desde las páginas de *Marcha*, publicación que dirigió de 1959 a 1968, Ángel Rama se dedicó a promover el “interés por todas las vertientes teóricas e interpretativas que forman el cauce de la sociocrítica y la visión de la literatura dentro de un contexto interdisciplinario” (Oviedo 192). Si bien la revista *Marcha* es conocida por su abierta tendencia izquierdista y de apoyo a la revolución cubana, la publicación de textos como el arriba citado de Rama pone de manifiesto que la información contenida en la publicación distaba de ser una repetición no meditada de los dictados socialistas cubanos.

El segundo de los intelectuales que consiguieron mantener firme su fe en la entonces joven causa revolucionaria es Mario Benedetti. Uno de los más activos defensores de la revolución cubana, Benedetti trasladó su entusiasmo por la causa socialista a los campos de la crítica y de la creatividad, dedicando no solamente

ensayos, sino también poesía<sup>5</sup> y narrativa a la causa revolucionaria. Su caso puede presentar bastantes paralelos con el de Rama, ya que ambos desempeñaron en algún momento cargos en la Casa de las Américas: Rama fue miembro del consejo de redacción de la revista *Casa* (Oviedo 291) y Benedetti director del Centro de Investigaciones Literarias del instituto (Benedetti, *Cuaderno cubano* 9); además, *Cuaderno cubano*, la recopilación de poemas, ensayos y entrevistas de Benedetti relacionados con la revolución, fue un proyecto propuesto por Rama (Benedetti, *Cuaderno cubano* 7). Sin embargo, lo que marca la principal diferencia entre la obra teórica acerca de la revolución de Rama y la de Benedetti, es que el segundo rara vez logró la profundidad crítica que los textos de Rama evidencian en varias ocasiones. Aun los textos de Benedetti que abordan de manera directa incongruencias gestadas bajo el régimen castrista en muchas ocasiones carecen de fuerza de expresión:

Aclaro que mi adhesión a la Revolución Cubana y mi entusiasmo ante sus impresionantes conquistas, no me llevan a sostener que allí todo es perfecto [...]; hasta hace muy poco, se llevó a cabo una campaña contra los homosexuales, que sin duda dio lugar a abusos y discriminaciones que no le hicieron bien a la Revolución [...]. En lo económico, ha habido errores de planeamiento, debidos primordialmente a la inexperiencia inicial del equipo revolucionario que acabó con la ignominiosa era de Batista. (*Cuaderno cubano* 21-22)

De alguna forma, las críticas de Benedetti parecen no estar sustentadas en un fondo ideológico sólido; esto quizá se deba a las palabras con carga emocional que

---

<sup>5</sup> Recopilada en *Cuaderno cubano*.

integra a su discurso: “impresionantes conquistas”, “ignominiosa era de Batista”. Detrás de las aparentes críticas al gobierno siempre podemos percibir una especie de justificación insinuada –lo que no sucede con los textos de Rama. La crítica de Rama, a pesar de llegar a ser incisiva, siempre está hecha con una tendencia constructiva: le interesa que la revolución aprenda de sus errores, y por eso los plantea de manera clara y directa, sin temor a herir susceptibilidades revolucionarias. En el extremo opuesto, la teorización de Benedetti, a pesar de su tono desaprobatorio, no quiere exceder los límites de la tolerancia castrista, por lo que intenta suavizar sus comentarios insertando elementos que dejen en claro su convicción revolucionaria. En este aspecto, las proezas de equilibrio que ambos intelectuales tuvieron que hacer sobre el delgado e inestable hilo que la revolución cubana tendió son de diferente naturaleza: mientras que para Rama la cuestión implicó un verdadero examen de sus convicciones, para Benedetti lo único que se puso en juego fue un dilema de expresión discursiva: ¿cómo despojar al discurso crítico de su verdadera función? Este cuidado que pone Benedetti en producir una crítica que no critica, aunado a las múltiples y fervientes manifestaciones de entusiasmo tanto por la revolución como por la persona de Castro –“Ese hombre inteligente y cordial, firme pero sensible, quiere verdaderamente el bien de su pueblo, el bien de nuestra América” (Benedetti, *Cuaderno cubano* 23)– me llevan a pensar que en más de una ocasión la lucidez de su pensamiento estuvo opacada por una nube de dogmatismo<sup>6</sup>. A esto se debe que al presentarse la polémica por la autocrítica de

---

<sup>6</sup> Simbólica en este aspecto es la crítica que Benedetti hace de Pablo Neruda en un texto titulado “Vallejo y Neruda: dos modos de influir”, publicado en 1967 e incluido en *Letras del continente mestizo*. Dicha crítica fue publicada al año siguiente de la participación de Neruda en el congreso del PEN Club, participación que lo hizo acreedor de la más contundente desaprobación por parte de los representantes intelectuales de la revolución. “Vallejo y Neruda” no es más que una enumeración de conclusiones arbitrarias acerca de la poesía de Neruda en contraposición a la de Vallejo: el proceso de análisis que llevó a esas conclusiones jamás es expuesto. Baste citar una línea para mostrar el tono que permea todo el texto: “Neruda ha sido una influencia más bien paralizante, casi diría frustránea” sobre las posteriores generaciones de poetas (65).

Heberto Padilla, Benedetti se haya sumado al grupo de intelectuales uruguayos que manifestaron su adhesión incondicional a la causa fidelista, al mismo tiempo que criticaban con vehemencia la intromisión injustificada de los intelectuales europeos o europeizados:

Queremos dejar testimonio de nuestra confianza en el pleno ejercicio del derecho revolucionario que ha ejercido y ejerce Cuba para defenderse de toda infiltración enemiga, se manifieste toda a través de las bandas mercenarias derrotadas hace diez años en Girón, o a través de la malintencionada distorsión de la realidad a que suelen prestarse algunos intelectuales [...]. [El escritor nuevo] no puede ser de ninguna manera un ser intocable, poco menos que sagrado, situado en una remota e inaccesible plataforma desde la cual lanza sus juicios tan apresurados como inexorables. (*Libre* 136-37)

Ya desde 1968 Benedetti había expresado en términos bastante emotivos su preocupación por el descarrío de Padilla: “Uno no puede evitar cierta sensación de desaliento al ver que un hombre joven, un intelectual talentoso y sensible, no se enfrenta a la revolución en una actitud más comprensiva” (“Situación actual” 29).

A pesar de que los términos y actitudes en que cada uno manifiesta su confianza en la revolución son diametralmente opuestos, tenemos aquí a dos intelectuales, Rama y Benedetti, que aún después del año de 1971 podían contarse entre quienes seguían la línea intelectual que la revolución cubana requería. El camino que tuvieron que seguir para poder mantener dicha confianza ciertamente no fue allanado por la vanguardia intelectual cubana –porque ésta ni siquiera existía–, y sí complicado por la politización de todo proceso desarrollado en el marco de la revolución.

Pero no todos los escritores e intelectuales pudieron mantener un concepto de la revolución que les infundiera ánimos para seguir fieles a la causa a través de las vicisitudes de sus primeros doce años. Aún antes de 1971 ya muchos habían tenido motivos de discrepancia con el aparato revolucionario cubano. Uno de ellos fue Pablo Neruda, cuyo caso puede sorprender debido a la historia de militancia izquierdista que desarrolló a través de su vida. Este cambio en el ánimo del poeta no se manifestó con ocasión del “caso Padilla”, sino varios años antes, en 1966. Dos momentos muy específicos son los que marcan la cúspide y el fondo del entusiasmo revolucionario de Neruda: la publicación del poemario *Canción de gesta*, en 1960, y la publicación de la “Carta abierta a Pablo Neruda” en *Casa de las Américas*, en 1966, respectivamente. Acerca de las primeras impresiones de la revolución cubana que Neruda adquirió a través de la persona de Castro, leemos: “In 1960, when *Chanson de Geste* was published, the Cuban revolution was still young and full of energy. Neruda had seen Fidel Castro in Caracas, and the experience had marked him strongly” (Dorán y Safir 106). Esa “marca profunda” que la presencia de Castro había dejado en su vida es expresada en palabras del propio poeta en sus memorias:

He visto pocas acogidas políticas más fervorosas que la que le dieron los venezolanos al joven vencedor de la revolución cubana. Fidel habló cuatro horas seguidas en la gran plaza de El Silencio, corazón de Caracas. Yo era una de las doscientas mil personas que escucharon de pie y sin chistar aquel largo discurso. Para mí, como para muchos otros, los discursos de Fidel han sido una revelación. Oyéndolo hablar ante aquella multitud, comprendí que una época nueva había comenzado para América Latina. (Neruda, *Confieso que he vivido* 429)

Es evidente la conmoción que las palabras de Castro ocasionaron en el ánimo de Neruda, al grado de llamarlas una “revelación”. Esta manera de describir la trayectoria de su vida tomando como referencia las emociones que la marcaron es muy propia de un poeta como Neruda<sup>7</sup>. No es sorprendente, entonces, que después de su experiencia en Venezuela haya decidido dedicar su poemario *Canción de gesta* a la naciente causa revolucionaria, e incluyera en las líneas de sus poemas versos con el estilo de los siguientes: “Y si se atreven a tocar la frente / de Cuba por tus manos libertada / encontrarán los puños de los pueblos, / sacaremos las armas enterradas: / la sangre y el orgullo acudirán / a defender a Cuba bienamada” (28). Seis años después de haber escrito *Canción de gesta*, Neruda recibía la “Carta abierta” que un numeroso grupo de intelectuales y artistas cubanos habían firmado con el afán de reprenderlo por su participación en el congreso del PEN Club celebrado en julio de 1966. Dicha carta es un cúmulo de reproches, y si en ella se habla en algún momento del compromiso real que hasta entonces Neruda había tenido con la causa cubana, es solamente con el fin de aumentar la magnitud de la contradicción que su participación en el congreso representó. Claro que la intención de Neruda nunca es tachada de negativa, pero sí de ingenua: se había convertido por un momento en actor de la versión estadounidense de los hechos cubanos: “Por eso nos preocupa que hayan podido utilizarte de ese modo” (“Carta abierta a Pablo Neruda” 132) dicen a coro los intelectuales y artistas cubanos<sup>8</sup> - entre ellos Roberto Fernández Retamar, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Lisandro

---

<sup>7</sup> Es necesario dedicar un pequeño espacio al concepto de poeta de Pablo Neruda: para mí, Neruda es eso, un poeta, pero no un intelectual. La diferencia que hago se basa en que su actividad con las letras estuvo dedicada exclusivamente a la labor creativa. Si bien es cierto que una de sus más reconocidas características fue su activismo político, todas sus opiniones acerca del tema se vaciaron en poemas, no en escritos de crítica o análisis (para una visión más amplia del tema, véase “Política, literatura e intelectuales” en Santí 22-37). Es cierto que este hecho no quiere decir que Neruda no haya meditado sobre los temas que trataban sus poemas, pero sí implica que muchas veces durante esa meditación las emociones tenían un peso mayor que los hechos objetivos.

<sup>8</sup> Véase también la versión que de este hecho incluye Jorge Edwards en *Persona non grata*.

Otero, Heberto Padilla, Edmundo Desnoes, Juan Marinello, José Lezama Lima, Virgilio Piñera, José Rodríguez Feo y José Antonio Portuondo. De acuerdo con ellos, después de años de militancia izquierdista y con experiencia directa en situaciones difíciles derivadas de su posición política, Neruda había caído finalmente en una atractiva trampa que había podido inhabilitar todas sus precauciones antiimperialistas. Para Neruda el problema reside en que la carta haya minimizado su actuación totalmente consciente y pro-cubana en el marco del congreso, y se hayan enfocado al mero hecho de su participación:

Lo cierto y lo inaudito es que después de esa gira, signada por mi actividad política y poética más combativa, gran parte de la cual fue empleada en defensa y apoyo de la revolución cubana, recibí, apenas regresado a Chile, la célebre y maligna carta de los escritores cubanos encaminada a acusarme pocos menos que de sumisión y traición. (Neruda, *Confieso* 36)

Es cierto que después de tal eventualidad Neruda no negó su apoyo a la revolución cubana, y la siguió considerando un fenómeno benéfico para Hispanoamérica: “En cuanto a mí, no he dejado de ser el mismo que escribió *Canción de gesta*” (*Confieso* 438); pero también es cierto que el cuestionamiento de su verdadero espíritu revolucionario por parte de los cubanos dejó una huella que le fue imposible borrar después: “Me he negado hasta ahora, y me seguiré negando, a dar la mano a ninguno de los que consciente o inconscientemente firmaron aquella carta que me sigue pareciendo una infamia”<sup>9</sup> (*Confieso* 438).

---

<sup>9</sup> Entre los firmantes de la carta se encontraba Nicolás Guillén, quien había participado en el *Homenaje cubano a Pablo Neruda* publicado en la isla en 1948.

Otro izquierdista ya experimentado al momento del triunfo de la guerrilla revolucionaria en Cuba es José Revueltas<sup>10</sup>, quien al igual que Neruda, durante los primeros años de gestión revolucionaria fue su promotor entusiasta. Habiendo laborado en 1961 en el Instituto Cinematográfico (Revueltas, *Cuestionamientos e intenciones* 275), Revueltas tuvo oportunidad de contagiarse del entusiasmo emanado directamente del pueblo cubano que, a escasos dos años del triunfo del Movimiento 26 de Julio, conservaba todavía intactos sus ideales de libertad en cualquier área de la vida dentro de la isla<sup>11</sup>. A consecuencia de su formación política, Revueltas era uno de los detractores más acérrimos no solamente del imperialismo norteamericano, sino de cualquier tipo de absolutismo en el poder, y de cualquier dogmatismo en la sociedad. En un texto publicado en 1962 podemos ver la defensa que ante el imperialismo estadounidense hacía de Cuba y de toda Hispanoamérica<sup>12</sup>:

Somos, según ello, rublos infortunados, que no tenemos la capacidad para ser felices, ni para regir nuestros propios destinos. Nuestras revoluciones son buenas, claro está, y ya se ha visto hasta dónde: han sido siempre buenas y Estados Unidos ha simpatizado “instintiva y generosamente” con ellas. Pero, al parecer, nosotros somos siempre los que terminan por exagerar la nota: queremos hacer revoluciones demasiado revolucionarias. Ahí está Fidel con su revolución socialista. ¡Si al menos no fuera una revolución *tan* socialista...!

(*Escritos políticos* 151)

---

<sup>10</sup> Para un esbozo de la personalidad y una síntesis de la carrera izquierdista de Revueltas, véanse los textos de Oviedo (96) y Franco (86-90); para una breve descripción de su obra literaria, véase Shaw (203).

<sup>11</sup> Véase el “Diario de Cuba” de Revueltas, publicado en *Las evocaciones requeridas* (vol.2) (México: Era, 1987), que abarca desde el 19 de mayo hasta el 14 de noviembre de 1961.

<sup>12</sup> Otro texto incluido en *Escritos políticos* (1984), titulado “Ideas y momento de la revolución socialista en Cuba” (147-165), es uno de los mejor documentados ataques contra los Estados Unidos en relación con el caso de la revolución cubana.



La opinión positiva que mereció de Revueltas la revolución cubana nunca fue totalmente abandonada, y en 1967, año de la muerte del Che, mantenía todavía su efervescencia inicial, como lo demuestra un texto publicado originalmente en *Época* y recogido en *Visión del Paricutín*, donde, rememorando una vez más “aquellos aturdidores, absorbentes, avasallantes y apasionados meses de 1961 en que viví y trabajé en Cuba”, asevera que para entonces, 1967, “no habrán perdido el mismo impulso, aunque dentro de una mejor organización y con una experiencia más rica cada vez” (*Visión del Paricutín* 176). Sin embargo, ya en 1969 su sentido antitotalitarista lo alertaba acerca del curso que podían tomar los hechos relacionados con la sanción que las obras de Arrufat y Padilla habían sufrido a manos de la UNEAC con ocasión de su triunfo en el concurso de la UNEAC. En un artículo sugerentemente titulado “La libertad y el socialismo: por que no vuelva a suicidarse Mayakovski”, Revueltas hace una crítica sincera y preocupada por la salud de los principios que deben sustentar la vida artística de una revolución socialista, que era lo que Cuba proclamaba tener: “Desde un punto de vista marxista, la tesis que sustenta la Unión de Escritores es, a mi modo de ver, inaceptable por completo [...]. La UNEAC no comprende en modo alguno cuál es la metodología con que la dialéctica materialista procede en el campo del arte” (*Cuestionamientos e intenciones* 280). Crítica directa a uno de los órganos de control del gobierno castrista, estas palabras de Revueltas recuerdan las expresadas por Rama en “Una nueva política cultural en Cuba”. Pero Castro, único poseedor de la verdad revolucionaria cubana, no iba a prestar oídos a las palabras de ningún artífice del intelecto que pretendiera comprender la realidad de su pueblo mejor que él. Los hechos siguieron su curso, y llegamos al encarcelamiento y autocritica de Padilla, contra la que Revueltas nuevamente se manifestó de manera terminante<sup>13</sup>: el artículo titulado “La

---

<sup>13</sup> Véase el citado artículo de Rama, “Una nueva política cultural en Cuba”, que contiene un breve

carta de Padilla y las palabras de Fidel” expone su consternación ante una manifestación más de la falta de comprensión que el gobierno castrista tenía de los fenómenos culturales en el seno de una sociedad revolucionaria<sup>14</sup>. Más claridad en su posición muestra, sin embargo, una carta personal que Revueltas redactó el 6 de abril de 1971, en la cual cuestiona la legitimidad de la reacción de Castro ante las críticas de los intelectuales por el desarrollo de los sucesos originados en la detención de Padilla<sup>15</sup>:

Si el enemigo aprovecha la crítica entre nosotros –es decir, la autocrítica–, está en su derecho, pero esto no quiere decir que se nos arrebate el derecho a esa crítica, cosa que resultaría absolutamente peor que su aprovechamiento por el enemigo. Incluso no sé si debiéramos ser (o en este caso, yo debiera ser) un poco más enérgicos en la crítica hacia ciertas cosas que ocurren en Cuba: las comprendemos, pero comprender no es justificar. (*Cuestionamientos e intenciones* 372-73)

Es interesante observar cómo Revueltas concede al “enemigo” el derecho a aprovecharse de la crítica realizada entre las propias líneas del sector de izquierda, ya que esta concesión demuestra qué tanta confianza tenía en el proceso de una revolución verdadera: si la crítica interna es legítima, es preferible correr el riesgo y prevenir futuros errores –aún más grandes– que callarla por aparentar una cohesión inexistente que llevaría en algún momento a la desintegración irreparable. Los momentos de tensión son los que ponen a prueba el verdadero carácter revolucionario de las

---

comentario acerca de la actividad intelectual organizada por Revueltas en México como reacción ante los hechos ocurridos en Cuba durante el “caso Padilla”.

<sup>14</sup> “La carta de Padilla y las palabras de Fidel” se encuentra recopilado en *Cuestionamientos e intenciones* (1981); además, un fragmento es reproducido en *Libre* (132-33) como parte de la documentación sobre el “caso Padilla”.

<sup>15</sup> Esta carta es reproducida en *Cuestionamientos e intenciones* como nota a “La carta de Padilla.”

instituciones que así se denominan; ¿qué tan revolucionario resultó ser realmente el régimen institucionalizado de Castro? Aún así, Revueltas no contó con el apoyo de toda la izquierda intelectual mexicana; hubo un grupo de ésta que calificó “la nueva embestida contra Cuba” como resultado del avance del régimen hacia el verdadero socialismo, donde la “responsabilidad de los obreros, y los trabajadores en general” (Aguilar et al. 166) es mayor. Entre los firmantes de esta declaración encontramos a Alfonso Aguilar, Ignacio Aguirre, David Alfaro Siqueiros, Juan Bañuelos, Emmanuel Carballo, José Estrada y Efraín Huerta.

Un intelectual cuyo caso fue tratado en parte en el capítulo anterior, a través de la trayectoria de *Mundo Nuevo*, es Emir Rodríguez Monegal. El análisis de la posición de Rodríguez Monegal en relación con la revolución cubana ha tendido a concentrarse solamente en su función de director de la mencionada publicación: la revista fue un órgano de la CIA, *ergo*, su director no pudo haber sido nada más que un agente al servicio de dicha organización. Es necesario recordar, sin embargo, que Rodríguez Monegal, autor de *El boom de la novela latinoamericana*, consideraba que la revolución cubana había sido uno de los principales factores detonantes de lo que muchos consideraron simplemente un acontecimiento editorial –Monegal le concedió de esta manera un papel preponderante a la revolución cubana en el desarrollo de las letras hispanas del continente americano<sup>16</sup>. Esta muestra de buena voluntad puede ser rebatida, sin embargo, con el argumento de que el *boom* es un fenómeno demasiado contradictorio, cuyos orígenes y existencia real aún están en tela de juicio, por lo que el reconocimiento de la importancia de la revolución cubana a través de dicho fenómeno no es un argumento muy sólido. Puede no serlo precisamente para quienes se muestran

---

<sup>16</sup> Véase el artículo “La nueva novela vista desde Cuba” de Monegal, así como la serie de artículos titulada “Notas sobre (hacia) el boom”, mencionada en el capítulo anterior.

escépticos ante el origen y alcance del *boom*, pero para un promotor del mismo, como Rodríguez Monegal, el establecer una relación directa de la revolución con éste es un indicador de reconocimiento real de la trascendencia del evento revolucionario –es, por así decirlo, lo mejor que Rodríguez Monegal pudo haber declarado a favor de la revolución. A pesar de que su entusiasmo por la literatura cosmopolita y las grandes metrópolis lo llevaron en varias ocasiones a pasar por alto la tendencia imperialista de los organismos culturales dependientes de los Estados Unidos, creo que su participación en dichos organismos nunca tuvo el objetivo específico de atacar o desacreditar la posición de la revolución cubana. Es cierto que la situación de Rodríguez Monegal puede ser tachada de ambigua: logró insertarse –y se sintió como en casa– en el sistema cultural de Occidente, pero una vez allí intentó mantenerse neutral. Siendo la neutralidad una posición insostenible –quizá inexistente– en cualquier campo de la actividad humana, Rodríguez Monegal se encontró en una situación fácilmente criticable desde una perspectiva revolucionaria. Ejemplo de la actitud conciliatoria que impulsaba a Rodríguez Monegal es el hecho de que una vez que había aceptado dirigir *Mundo Nuevo*, pero antes de comenzar a desempeñar sus funciones, escribiera una carta a Fernández Retamar (entonces director de *Casa de las Américas*) poniéndolo al tanto del proyecto<sup>17</sup>. Aun Fernández Retamar, en su respuesta a esta primera carta, no puso en tela de juicio la buena voluntad que movía a Rodríguez Monegal al aceptar ser el director de la publicación:

Si crees de veras que la sutil distinción semántica de estar “vinculado con el Congreso por la Libertad de la Cultura pero no dependiente de él”, te permitirá

---

<sup>17</sup> La situación y contenido de este intercambio epistolar es tratado con más detalle en el texto de Mudrovic.

“toda la libertad de elección y orientación” en el nuevo *Cuadernos* que preparas, me temo, Emir, que has sido sorprendido en tu buena fe, de la que no tengo por qué dudar. (citado en Mudrovcic 12)

De hecho, en algunas ocasiones, el tono adoptado por Rodríguez Monegal en los textos de su autoría publicados en *Mundo Nuevo* es conciliador. Ejemplo de esto es el cuidado que pone al incluir entre los motivos de justificación del Congreso del PEN Club el que se haya demostrado “que el diálogo es posible en la comunidad intelectual y que para lograrlo, nadie tiene que renunciar a sus convicciones o a sus doctrinas” (Rodríguez Monegal, “Diario del P.E.N. Club” 41). Pero aún esta actitud conciliadora era considerada un agravio a los principios revolucionarios, según expresaron los firmantes de la “Carta abierta a Pablo Neruda”: “El camino hacia la verdadera coexistencia y la verdadera liquidación de la guerra (fría y caliente), pasa por las luchas de liberación nacional, pasa por las guerrillas, no por la imposible conciliación” (132). Cerrado por la intelectualidad cubana el camino propuesto por Rodríguez Monegal, *Mundo Nuevo* pereció víctima de su tiempo: el peso de la izquierda intelectual hispanoamericana –tan activa en aquel entonces–, alertada contra la revista por la revolución cubana, le negó un lugar entre las revistas culturales de amplia circulación en el continente (Mudrovcic 12). Esta diferencia de tono en la militancia política es el origen de las discrepancias entre Rodríguez Monegal y Rama (ambos uruguayos y directores en distintos momentos de *Marcha*). Ya hemos visto que Rama fue un partidario declarado y activo de la izquierda hispanoamericana, que además “llevaba consigo una fuerte devoción latinoamericanista [...]”. Los estudios literarios eran, para él, parte de una estrategia cultural en la que lo ideológico y político ocupaban un lugar importante”, mientras que “Rodríguez Monegal difundía la literatura desde otro punto

de vista: como una expresión sobre todo estética en la que el dato ideológico podía o no estar presente” (Oviedo 292). A pesar de estas diferencias radicales en el fondo ideológico sobre el cual se movían, existe una característica común entre ambos uruguayos: la claridad con que expresaron sus opiniones acerca de los fenómenos culturales contemporáneos a su actividad intelectual. Si alguno de los dos incurrió en actitudes criticables en cualquier momento, lo hizo como resultado del seguimiento fiel de su ideología básica, ideología que nunca negó. Esta firmeza en sus convicciones es algo mucho más valioso que el sometimiento –provechoso a nivel personal en ocasiones– a las ideas “revolucionarias” que desde Cuba reclamaba Castro de cualquiera que intentara ampararse a la sombra de su árbol de la verdad.

Un intelectual no hispanoamericano que observó muy de cerca el camino seguido por la revolución cubana durante los doce años que abarca el espacio temporal propuesto en este trabajo es Juan Goytisolo. Habiendo escuchado hablar por primera vez de Cuba durante su infancia, y relacionándola desde entonces con la historia de su familia<sup>18</sup> –según narra en *Pueblo en marcha*–, Goytisolo visitó la isla por primera vez en 1961, invitado por la Casa de las Américas y el diario «Revolución», dirigido entonces por Carlos Franqui” (Goytisolo, “Cronología” 19). Resultado de esa visita es la arriba mencionada *Pueblo en marcha*, narración autobiográfica basada en sus experiencias durante este primer contacto con el quehacer revolucionario. Nacido en 1931, Goytisolo vivió su juventud sumergido en el ambiente de la posguerra española:

---

<sup>18</sup> En conversación sostenida con Emir Rodríguez Monegal en 1967, e incluida en *El arte de narrar*, Goytisolo expresa que: “El tratamiento del problema de Cuba responde a una realidad autobiográfica: los orígenes de la fortuna de mi familia provienen de allá” (194).

El vacío cultural producido por la Guerra Civil española se prolonga hasta bien entrada la década de los cincuenta a causa de la censura estatal, la cual estrangula toda manifestación del espíritu creativo, el exilio de la mayoría de los intelectuales y la ausencia de magisterio y crítica literarios. La temprana carrera de Juan Goytisolo, cuyas primeras narraciones datan de 1949, se desarrolla en este ambiente de esterilidad que caracteriza a los años de la inmediata postguerra. (Ortega 21)

Este ambiente de la postguerra Española marcó no solamente su obra literaria, sino también su carácter e ideología, adquiriendo esta última rasgos que compartía toda la denominada “Generación de Medio Siglo”, en la cual se le incluye. Nacido en el seno de una familia burguesa, Goytisolo relataría años más tarde, en las páginas de *Pueblo en marcha*, cómo el choque entre su concepto de la realidad y la realidad experimentada por la mayoría del pueblo español durante la postguerra lo llevaría a experimentar un cambio radical de pensamiento: “Entonces comprendí el verdadero significado de nuestra guerra y supe que, a despecho de cuanto me habían inculcado, me alinearía, en adelante, en el bando de los desposeídos” (*Pueblo en marcha* 19). No es de extrañar, entonces, que Goytisolo se sintiera identificado de inmediato con los principios que sustentaba el régimen revolucionario recién inaugurado por Fidel Castro en Cuba. Basta leer *Pueblo en marcha* para tener una idea muy clara de su entusiasmo inicial por la revolución cubana: la campaña de alfabetización, las labores agrícolas y pesqueras de los habitantes de la isla, los comentarios positivos que el nuevo régimen merecía del pueblo cubano; todo esto es descrito en detalle –y con emoción evidente– por Goytisolo. Sin embargo, este inicio optimista no tendría un final feliz, ya que en 1971, al desencadenarse los eventos del “caso Padilla”, Goytisolo uniría su voz a la de otros

intelectuales europeos e hispanoamericanos en su protesta epistolar dirigida a Castro<sup>19</sup>. Además, meses más tarde, aparecería bajo su dirección el primer número de la revista *Libre*, publicación que desde su gestación había sido desaprobada por el aparato intelectual cubano debido a la supuesta procedencia de los fondos con que se financiaría; así lo demuestran las palabras que dedicó Haydée Santamaría a la revista en ocasión de su ya mencionado intercambio epistolar con Vargas Llosa: “La desprestigiada revista *Libre* que planean editar con el dinero de Patiño” (*Libre* 122-24). Acerca del financiamiento de *Libre*, leemos en la introducción redactada por Plinio Apuleyo Mendoza al volumen facsimilar:

La financiación de la revista no pudo ser más inocente. No obstante, alrededor de este tema flotaron densas suspicacias. *Libre* contó con el apoyo financiero de Albina Boisrouvray, conocida productora cinematográfica de nacionalidad francesa, nieta por el lado materno, del famoso rey del estaño boliviano Simón Patiño [...]. El apellido Patiño fue invocado muchas veces para señalar un supuesto pecado original de la revista. Se habló copiosamente de dineros obtenidos con la «sangre y el sudor de los mineros bolivianos». (X)

En la recopilación de documentos relacionados con el “caso Padilla” que presentó *Libre* en su primer número, se encuentra además la autocrítica de Luigi Nono, compositor italiano que después de haber firmado la primera carta de protesta dirigida a Castro, se arrepintió públicamente para más tarde enviar un telegrama a Goytisolo pidiéndole la suspensión de la revista (*Libre* 142-43). Goytisolo, por su parte, contestó

---

<sup>19</sup> Tanto la firma de Juan Goytisolo como las de sus dos hermanos, José Agustín y Luis, aparecieron en ambas cartas de protesta.



dicho telegrama con un texto en el que no solamente se negaba a suspender la publicación de *Libre*, sino que refrendaba su crítica a todo el proceso de Padilla:

De la lectura de la «confesión» de Padilla y la transcripción taquigráfica del acto celebrado en la U.N.E.A.C. resulta perfectamente claro que las nebulosas «actividades contrarrevolucionarias» del poeta se reducen, pura y simplemente a un delito –privado– de opinión. Ahora bien, los actuales «crímenes» de Padilla, ¿no son los pasados del propio Fidel? ¿Por qué, entonces, la humillante autocritica del uno y no la del otro? Es sumamente posible que los intelectuales pequemos de vanidad, egocentrismo y megalomanía, como señala el poeta en su sobrecogedora confesión kafkiana; pero los dirigentes, ¿se hallan siempre, por *definición*, exentos de semejantes defectos? (*Libre* 144)

Un caso más de decepción provocado por la inconsistencia en el seguimiento de los planteamientos iniciales de la revolución cubana. Tal parece que el verdadero enemigo de los ideales revolucionarios legítimos no actuaba desde las filas del imperio capitalista, sino desde el máximo puesto en el propio gobierno cubano.

Finalmente, llegamos al grupo de los que en ningún momento mostraron demasiado entusiasmo ante la aparición de un gobierno antiimperialista en Cuba. El origen del escepticismo que cada uno de los integrantes de este grupo evidenció varía, ya que en algunos casos éste se encuentra en sus experiencias personales a través del acontecer socio-histórico mundial, en otros en la naturaleza escéptica de su pensamiento, o simplemente en la convicción de que toda actividad artística debe permanecer independiente de los eventos sociales y políticos (sin importar su magnitud y trascendencia).

Uno de los integrantes de este último grupo es Ernesto Sábato, a quien su experiencia juvenil en el seno de los partidos comunistas le bastó para aprender a desconfiar de cualquier régimen que intentara aplicar su versión propia de la teoría económica marxista<sup>20</sup>. Debido a esto, una vez que el socialismo echó raíces en el movimiento revolucionario cubano, Sábato pudo hacer un análisis desapasionado de las posibles rutas que se tendían ante el régimen recién inaugurado en la isla. El único vínculo que en algún momento tuvo Sábato con la ideología revolucionaria cubana fue el de su admiración por la persona del Che Guevara<sup>21</sup>, a quien dedicó las siguientes palabras en ocasión de su muerte: “Ernesto Guevara [...] murió [...] por el ideal de un Nuevo Hombre [...], no una nueva sociedad que, aunque precedida de una cruenta revolución, termine por ofrecernos una especie de Norteamérica al revés” (Sábato, “Homenaje a Ernesto Guevara” 674). Su posición en relación con la revolución cubana en particular es claramente establecida a través del material recogido en *Claves políticas*. Dicha posición se sostiene sobre una mezcla de ideas políticas, estéticas y filosóficas muy definidas que forman un todo coherente en la mente de Sábato, como lo muestra la siguiente aseveración, donde pone en juego simultáneamente las tres áreas arriba mencionadas: “No digo que no se pueda escribir sobre huelgas, digo que una gran novela, aunque escriba sobre huelgas trasciende el simple plano político para alcanzar las regiones más profundas de la condición humana” (Sábato, *Claves políticas* 24). Explorando un poco más el aspecto literario de su ideología, encontramos el concepto de “novela problemática”, tratado en el texto de Angela B. Dellepiane, *Sábato. Un análisis de su narrativa*. De acuerdo con Sábato, el adjetivo “problemática” es una opción más adecuada para referirse a la literatura que “se escribe para bucear la

---

<sup>20</sup> Esta experiencia es relatada por Joaquín Neyra en “Frustración marxista”, *Ernesto Sábato* (Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1973). 29-33.

<sup>21</sup> Véase “Libertad y democracia”, artículo de Sábato publicado en *Vuelta* 54 (mayo de 1981): 44-45.

condición del hombre”, que generalmente se considera literatura comprometida, ya que la palabra compromiso “suscita una cantidad de discusiones y de equívocos entre los extremos del simple compromiso con un partido o una iglesia (actitud, por otra parte, indefendible) y el extremo de eso que podemos llamar problematicidad” (cita de Sábato en Dellepiane 128). Trasladando este escepticismo del campo literario al de la vida del Sábato intelectual, es posible encontrar el fundamento de su “alejamiento” de la causa revolucionaria cubana: los compromisos con causas políticas o religiosas de cualquier índole suelen llevar a situaciones contradictorias, ya que es imposible –y en caso de que suceda, peligroso– que la conciencia y el intelecto del individuo se fundan (y terminen por confundirse) totalmente con la de su partido o religión. Hablando de su “socialismo personalista”, Sábato afirma: “Ya saben que no soy partidario de un socialismo dictatorial, aunque sea hecho por hombres de la calidad de Castro. La falta de oposición partidaria puede conducir, tarde o temprano, a extremos terribles. Como lo ha probado la tristísima experiencia de Rusia” (Sábato, *Claves políticas* 36). Es así que basándose en lo que él mismo denomina su “formación anarquista”, Sábato pudo mantenerse al margen del oficialismo revolucionario en que muchos escritores e intelectuales incurrieron en algún momento.

Octavio Paz también encontró contradicciones fundamentales entre su formación poética y la militancia socialista que el gobierno castrista requería del círculo de apologistas que se formó alrededor de la causa revolucionaria inicial. Reconocido por ser uno de los más fervientes defensores de la libertad total en la creación poética, Paz ya había sido protagonista de conflictos en el mundo literario debido a sus ideas estéticas mucho antes del triunfo de la guerrilla revolucionaria en Cuba: la polémica que

en 1943 entabló con Pablo Neruda al respecto es bastante representativa<sup>22</sup>. A pesar de haber mostrado cierto interés juvenil en la problemática social<sup>23</sup>, muy pronto Paz cambió radicalmente su poética, ya que:

El año de 1944 marca significativamente el recomienzo –ya sin ambigüedades políticas– de su labor literaria. El autor postula la autonomía del escritor respecto a la actividad política y rechaza rotundamente la poesía social. Sin embargo, afirma que el poeta debe luchar por transformar la realidad con las armas propias de la poesía desde su soledad creadora. (Medina 136)

Esta manera de luchar por el cambio social puede sonar extraña, pero, según Medina, la “perspectiva utópica” que de la poesía tenía Paz estaba basada en su creencia en “los poderes mágicos de las palabras” (141). La conclusión a la que podemos llegar al conocer la evolución poética de Paz es que al final su vocación de poeta acalló todas las voces que podrían haberlo desviado de esa tarea suprema: el único compromiso que contraería de allí en adelante sería con las palabras<sup>24</sup>. Con estas ideas estéticas en la base de su pensamiento, es natural que Paz no aprobara la intención, que el gobierno revolucionario en Cuba mostró muy pronto, de convertir a los artistas, escritores y poetas en voceros partidistas. Pero desde su punto de vista, la situación tomó tonos extremos en el “caso Padilla”: para Paz, el encarcelamiento y auto-acusación de un poeta por causa de su obra era el más grave atentado contra la libertad poética por él

---

<sup>22</sup> Véase el texto de Rubén Medina, *Autor, autoridad y autorización* para un breve resumen de los hechos (México: El Colegio de México, 1999).

<sup>23</sup> En el texto de Jean Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, leemos: “De joven, Paz participó en el Congreso de Escritores Antifascistas en España durante la guerra civil en este país, y más tarde pasó un tiempo en Yucatán, donde escribía sobre la situación del campesinado indígena que trabajaba en las plantaciones de pita” (73).

<sup>24</sup> Oviedo señala algunos de los puntos “negativos” en esta actitud de Paz (191).

defendida tan asiduamente. Por eso, además de estampar su firma en la primera carta enviada por el grupo de intelectuales europeos e hispanoamericanos a Castro, expresó más tarde, de manera individual, su desaprobación contundente de los hechos: “Todo esto sería únicamente grotesco si no fuese un síntoma más de que en Cuba ya está en marcha el fatal proceso que convierte al partido revolucionario en una casta burocrática y el dirigente en César”<sup>25</sup> (*Libre* 131). Síntomas ya preocupantes en la década de los setenta – que devinieron en una enfermedad llamada totalitarismo– son los que Paz percibió en el proceso del poeta Padilla.

Llegamos ahora al caso de Jorge Edwards, quien se convirtió sin esperarlo en uno de los actores del “caso Padilla”, ya que llegó a la isla como enviado diplomático a finales de 1970, justo a tiempo para ser testigo de cómo la tensión entre los intelectuales cubanos y Castro iba en aumento. De acuerdo con Oviedo, Edwards se hizo sospechoso a los ojos del régimen revolucionario debido a “sus contactos con escritores cubanos, algunos de ellos considerados «disidentes»” (371). Entre esos escritores se encontraba, por supuesto, Heberto Padilla. En *Persona non grata*, Edwards relataría años más tarde su versión de los hechos ocurridos en Cuba durante su corta pero intensa estadía. No es muy difícil adivinar el tono en que *Persona non grata* se encuentra escrito; después de todo, fue Castro quien “presionó a Salvador Allende para que me sancionara y me expulsara de la diplomacia”, afirma Edwards (“Enredos cubanos” 35). Intelectual, amigo cercano de Pablo Neruda, enviado de un gobierno socialista recién inaugurado que se proponía restablecer las relaciones de Chile con Cuba, Jorge Edwards era una de las personas menos indicadas para convertirse en víctima de la paranoia revolucionaria. El caso de Edwards sirve, sin embargo, para darnos cuenta de qué tan poco le importaba

---

<sup>25</sup> Para ver una opinión posterior de Paz acerca del régimen castrista, consúltese *Pequeña crónica de grandes días* (México: FCE, 1990). En ese texto se hace evidente que la imagen de la revolución cubana que Paz se formó a través del tiempo se hizo más negativa.

a Castro la salud de su revolución: ahora los actos represivos se expandían más allá de las fronteras de la isla, y pretendía darles indicaciones a otros países hispanoamericanos sobre cómo manejar su cuerpo diplomático. Acerca de esto escribiría Edwards años más tarde, en 1989, con ocasión de la aparición de *La mala memoria*, libro de memorias del ya para entonces exiliado Heberto Padilla:

Al leer *La mala memoria* uno se lleva la impresión de que Fidel Castro ha practicado un stalinismo menos sistemático, menos implacable, menos cruel que el del propio José Stalin, pero ha tenido, a la vez, menos sensibilidad frente a los hombres de cultura. Uno percibe la desconfianza continua y profunda frente a los intelectuales, desconfianza que no excluye a los que simpatizaban con la revolución. A mí me dijo desde el día de mi llegada a La Habana: “¿Y por qué a Salvador Allende se le ocurrió mandar a un diplomático escritor? Nosotros ya pasamos por esa etapa y la superamos.” (“Enredos cubanos” 37-38)

¿En qué momento perdió de vista Castro la verdadera dimensión de los hechos? ¿En qué momento su revolución se convirtió en reacción? Creo que en el momento en que se convenció de que él era el único poseedor de la verdad revolucionaria y decidió comenzar una eliminación sistemática de todo aquel que pudiera refutar esa creencia. Considerando que uno de los grupos que representaba mayor riesgo era el de los intelectuales, hizo de estos sus primeras presas. Con esto no quiero decir que el resto del pueblo no tuviera la capacidad de analizar la situación y llegar a conclusiones igual de peligrosas para el régimen como cualquier intelectual; pero lo cierto es que en una sociedad cualquiera, generalmente quienes más posibilidades tienen de percibir los inicialmente sutiles cambios e incongruencias que anuncian catástrofes futuras son los

trabajadores del pensamiento, sean escritores, artistas o intelectuales. Y el riesgo aumenta debido a que por lo general ellos tienen acceso a medios de difusión eficaces, que permitirían la divulgación rápida de sus ideas.

El asunto alcanzó niveles internacionales cuando el ego “revolucionario” de Castro se volvió tan grande que le hizo creer que todos los países hispanoamericanos debían respaldar su gobierno sin cuestionarlo. Una vez más, los intelectuales eran un sector de riesgo, por las mismas causas que lo habían sido a nivel nacional: formadores de opinión en sus propios países, podían llegar a afectar de manera negativa la imagen que de la revolución se tuviera con sólo emitir un juicio no muy optimista acerca del régimen castrista. En esta ocasión, Castro siguió una estrategia igual a la que había empleado a nivel nacional: trató de mantener cerca a los que parecían sus partidarios, a la vez que intentaba desprestigiar a los que se alejaban de la ideología y práctica revolucionarias. ¿Resultó efectiva esta estrategia en alguno de los dos niveles, nacional o internacional? Creo que no, ya que a nivel nacional desembocó en el “caso Padilla”, y a nivel internacional desembocó en la pérdida de puntos de apoyo y difusión que hubieran resultado altamente provechosos para la legitimación de la revolución. La sociedad de naciones funciona de la misma manera que la sociedad de individuos, solamente que a un macronivel. Si en una sociedad regida por un supuesto gobierno socialista como el de Castro, el principio básico es que nadie es más importante que el resto, ¿por qué el propio Castro exigía prioridad para los asuntos cubanos sobre los del resto de las naciones? Y en ocasiones más que prioridad, exigía devoción total a la causa cubana. Sintiéndose poseedor de la verdad revolucionaria absoluta, Castro se olvidó de que aun lo absoluto a nivel individual es relativo en el ámbito de las relaciones humanas.

En cuanto a los escritores e intelectuales, los casos que fueron tratados de manera individual en este trabajo son una muestra representativa de las situaciones en que cualquier artífice del pensamiento pudo haberse encontrado en algún momento: las restricciones que con el tiempo trató de imponer Castro a la actividad intelectual fueron algo ante lo que ningún trabajador de la cultura pudo mantenerse indiferente. Si bien no es posible aplicar idénticos criterios al estudio de los casos de dos autores, ya que las particularidades son innumerables, creo que existen constantes a las que es posible recurrir al momento de acercarse con una visión crítica al ambiente cultural generado alrededor de la revolución cubana, y esas constantes se ven reflejadas en muchas de las actitudes y reacciones de quienes tenían su biosfera en ese ambiente cultural.